



En el fondo del mar



por Alba Cruz Ramírez

Los primeros rayos de sol se colaban fugitivos entre las rocas y alumbraban la oscuridad del océano dando paso a un nuevo día.

Algunos bancos de peces parecían danzar rítmicamente haciéndose ver entre las algas con movimientos casi fugaces. De todas las tonalidades y tamaños, daban vida a aquella inmensidad de un azul penetrante a la que, en ocasiones, se acercaban humanos ataviados con botellas de oxígeno y todo tipo de artilugios que casi los convertían en una nueva especie marina.

Como todos los días se encontraba la estrella de mar en su habitáculo del que llevaba tanto tiempo sin salir. Cuatro o cinco piedras dejaban el hueco suficiente para la estrella; y allí vivía, impasible a todo lo que pasaba. Entre las rocas que no encajaban a la perfección quedaban algunas grietas por las que entraba la luz y por las que solía asomarse y curiosear qué ocurría ahí afuera.

Desde allí también podía divisar al resto de estrellas marinas que juntas se hacinaban en la arena del fondo del mar.

Hacia un tiempo la estrella también estaba allí, acompañada del resto, pero poco a poco y casi sin darse cuenta se tornó triste y solitaria.

Cuando su vida discurría con sus compañeras, todas las noches nuestra estrella veía el cielo plagado de puntitos brillantes que la inquietaban pues no sabía qué hacían allí arriba ese montón de lucecitas que parpadeaban.

-¿Qué son todos esos puntos brillantes mamá? –preguntó un día curiosa.

-Son estrellas cariño. Estrellas que durante la noche, en el cielo brillan.

-Pero... nosotras también somos estrellas y no brillamos... Y aquí abajo, escondidas tan profundo casi nadie puede vernos nunca...

-Nosotras no brillamos porque somos estrellas de mar y nuestra función es estar aquí, en el fondo. ¡Así vivimos siempre más tranquilas, porque nadie puede molestarnos!- intentó consolarla su madre al ver en su rostro un gesto de decepción-.

Desde aquel momento la estrella comenzó a pensar en lo injusto que le parecía tener que pasar día tras día aburrida mientras que las estrellas del cielo podían ser admiradas por todos. Ella también quería ser alguien que los demás pudiesen halagar, poder hacerse ver y desprender esa luz intensa que, como toda estrella, se suponía que debería tener.

Y poco a poco la admiración que sentía por sus análogas del cielo comenzó a transformarse en envidia. Una envidia que le hacía obsesionarse cada día más y más con que su belleza no era comparable a la del resto de estrellas y que no sería capaz nunca de atraer la atención de nadie.

Prefería entonces encerrarse en su morada mientras el resto de sus compañeras charlaban animadamente sirviéndole de compañía únicamente el musgo que recubría las paredes de su cueva.

Una mañana un alboroto rompió la calma de las profundidades con las primeras luces del alba. La estrella se despertó de un respingo y pudo comprobar lo que sucedía.

Multitud de caballitos de mar se entrecruzaban saltando y creando un escándalo que, sin duda, no era propio de la tranquilidad que allí solía reinar. Enseguida la estrella de mar comprendió qué era todo aquello.

Cada año se celebraba la carrera oficial del Reino de los Mares, en la que todos los caballitos de mar podían participar, siendo un orgullo para el ganador ser el más veloz de todos los de su especie. Y allí se congregaron para inscribirse en la carrera y demostrar que, como buenos corredores, ellos serían los protagonistas ese día.

Llamó la atención de la estrella un caballito que, rezagado, pedía a los demás que lo esperasen:

-¡Vamos! Eres un lento, siempre tenemos que esperarte... -le reprochaban con tono burlón mientras el caballito se esforzaba por avanzar lo más rápido posible.

Fueron concentrándose todos los participantes, que cada vez eran más numerosos, y que además venían acompañados de amigos y familiares que se unían al tumulto: apuestas espadachines, almejas engalanadas con sus mejores perlas, peces multicolores que ondeaban sus opulentas colas...

Cuando ya todos se encontraban preparados en la línea de salida sonó el disparo que marcó el inicio de la carrera.

Desde su antro la estrella vio como se fue alejando poco a poco la multitud, hasta que su vista no alcanzó más y sólo pudo seguir escuchando el clamor del resto de las especies marinas que habían acudido al gran acontecimiento.

Y volvió a su habitual apatía lamentando no tener ganas de salir a divertirse con todos los demás.

Con el transcurso del día la algarabía se fue apaciguando y al caer la noche ya todo volvió a la normalidad.

Todos dormían, sólo, a veces, la marea hacía tambalear algunas piedrecitas del fondo, las más diminutas, que emitían leves chasquidos al rozarse. Pero aquella noche la estrella de mar escuchó algo cerca de su guarida, algo que perturbó su calma.

No pudo identificar muy bien qué era exactamente lo que escuchaba, ni de dónde venía, hasta que alguien preguntó con una voz temerosa:

-¿Hola?... Emmm ¿Hay alguien ahí?

La estrella, un tanto asustada, dudó en contestar puesto que no sabía de dónde provenía aquella vocecilla. Pero, precisamente, por lo débil del sonido no le resultó muy peligroso, fuese lo que fuese, y decidió después de mucho tiempo comunicarse con el exterior.

-¿Quién es?- contestó la estrella un tanto sorprendida de escuchar su propia voz. Hacía tanto tiempo que no percibía esa sensación que incluso le resultó extraña.

-Hola... disculpa, siento molestarte pero necesito tu ayuda- exclamó un caballito al otro lado.- Me he perdido y estoy desorientado... No encuentro el camino para llegar a la meta y tampoco puedo volver a casa.

-¿La meta? ¿De qué hablas? La carrera del Reino acabó hace horas... así que no creo que te sirva de mucho llegar ahora a la meta...- le replicó la estrella molesta por haber interrumpido su sueño.

-Bueno... ya, pero necesito volver a casa y quizás tú podrías ayudarme.

-¿Yo? ¿Por qué iba a poder ayudarte yo?

-Podrías servirme de guía. Al ver luz entre las rocas he pensado que habría alguien dentro.

-¿Luz? No sé de qué hablas, pero si estás intentando burlarte de mí ya lo has conseguido. Sé perfectamente que no puedo brillar como aquellas estrellas que ves ahí arriba en el cielo, y me siento desdichada por ello. Pero prefiero permanecer así, siendo un ser insignificante.

-No sé que tipo de estrella eres pero, sin duda, brillas. He podido encontrarte gracias al resplandor que me ha hecho llegar hasta aquí. Si sales de tu escondite verás como toda la oscuridad de tu alrededor se vuelve blanca a tu paso.

La estrella, contrariada y confusa empezó a dejar a un lado la sensación de enfado y sopesó la posibilidad de que aquello, que el caballito de mar le estaba contando, fuera cierto. ¿A qué luz se refería? ¿Y si se atrevía a salir... qué pasaría?

Sólo gracias al caballito la estrella de mar pudo conocer la verdad de aquel enigma.

Finalmente, asomó dos de sus brazos mostrando así su interés por salir de dudas, y por salir de una vez por todas de aquella cárcel.

Durante la noche, cuando todos dormían y cuando sólo se escuchaba el roce de los chinos al chocar, la luz de la luna penetraba entre las grietas del habitáculo de la estrella. Nunca ella se dio cuenta de que al reflejarse el destello en su cuerpo, se desprendía un fulgor deslumbrante. Una luz que ella misma nunca pudo ver... una luz que la hacía brillar como siempre quiso hacerlo.

La desdicha del caballito, que por ser demasiado lento nunca pudo llegar a la meta, fue lo que hizo que aquella noche la estrella se sintiera única, bella, radiante.

Gracias a aquel descubrimiento el caballito pudo encontrar el camino sirviéndose de la luz de la estrella, que ganó un amigo y recuperó una sonrisa que casi había estado a punto de borrarse de su rostro para siempre.

Desde esa noche, la estrella comprendió que las cosas no son nunca lo que parecen ser, que la belleza de cada uno es el valor que debemos conservar siempre vivo, sin esperar a que los demás nos digan lo bellos que somos. Porque los demás a veces duermen ante la hermosura ajena, porque los demás no pueden vivir por nosotros la felicidad que nos pertenece sólo por el hecho de existir en este mundo... porque los demás también necesitan tu ayuda, aunque en cualquier momento hayas sentido que no sirves para nada.

Ahora sólo un puñado de pedruscos amontonados se quedaba atrás mientras la estrella, aliviada y ufana, emprendía un nuevo camino a lomos del caballito.

II Premio del Concurso de Cuentos "Joaquín Lamolda Gómez", 2012
de la Fundación Sierra Elvira

Atarfe, a 24 de mayo de 2012